

¿Razones para viajar?

Antes de empezar

Algunos textos literarios nos acercan a lugares lejanos y a culturas que, *a priori*, pueden parecernos muy diferentes a la nuestra. Conversen con sus compañeros/as: ¿conocen libros, series o películas japonesas? ¿Qué saben de este país gracias a estas producciones? ¿Qué les gustaría hacer o visitar, si pudieran viajar a Japón?



1. Lean el siguiente cuento del autor argentino Miguel Sardegna.

Viaje a Japón

—¿Razones para ir a Japón? —me preguntó Mariana apenas entré en casa.

Ni siquiera levantó la vista, seguía sentada sobre sus propios talones, con el pijama, aunque no había llegado a acostarse por culpa de los papelitos. Lo recuerdo bien, parecía una nena con un juguete nuevo. ¿Cuánto tiempo llevaba en esa posición incómoda, plegando papelitos de colores?

Papel glacé metalizado, papel afiche, papel de regalo con diseños kitsch: el piso de parquet era un collage multicolor.

Hizo un bollo con el papel que tenía en las manos y comenzó a rasgarlo en tiras.

—¿Ves? —me dijo—. En Japón no pasa eso. Allá nunca se satura el papel—. Seguía desgarrándolo, con movimientos enérgicos—. Ellos tienen un papel especial, con fibras elásticas. Es mucho más resistente que el nuestro, permite infinidad de pliegues, infinitos detalles.

Dejó de lado esas tiras inútiles que ya no alcanzarían su forma oriental, pensó en una nueva presa: desparramó algunos papeles con el brazo. Debajo de grullas imperfectas, figuras amorfas y rollos de papel arrugados, encontró el lápiz negro y la regla.

—Además —continuó—, allá el papel ya viene del tamaño que corresponde.

Sentí que consideraba inadecuado realizar mediciones y cortar el papel, como si hubiese algo de profanación en sus actos, como si hiciera trampa.

—¿Razones para ir a Japón? —repitió, y después, la sentencia—. Comprar papel origami.

—Desde luego —dije, aún sin comprender la seriedad del asunto—. Claro, Japón.

—Ainokura —me dijo—. En Ainokura hay una fábrica de papel del año 1300. Conservan la técnica del primer maestro sin ninguna variación.

También esa noche me fui a dormir solo, mientras ella insistía con los papelitos. Desparramado sobre la cama grande, soñé, soné con Ainokura y su fábrica legendaria.

Soñé agua por todas partes, el alimento primordial del papel, arrastré los pies por el laberinto de charcos y encontré un rincón de cascadas saturando una rejilla pequeña. El vapor lo cubría todo con una bruma difusa, y me mareaba, me embotaba los sentidos. Monstruos de pulpa de celulosa entrando por esa rejilla mínima y asomando por la bacha de mi cocina, debajo de esa canilla vieja que goteaba desde el día que nos mudamos.

A la mañana siguiente le prometí a Mariana que le conseguiría su papel, pensando que pronto se olvidaría y dejaría de trasnochar. Con suerte quizás también volvieran las mañanas compartidas, con tostadas y café, la camisa con olor a lavanda, las tardes de feliz rutina.

Me creyó, pero en vez de distraerla excitó su interés: me habló de la exquisita fragilidad del papel de seda, de cómo se suele usar asociado, en dos o tres capas; del papel vegetal que realza bordes y siluetas; del papel metalizado; de la cartulina de dos caras.

El envío llegó en unas semanas —en una caja color madera—, derecho desde la tierra del sol naciente, gentileza de eBay y de internet.

—¿Qué hacés ahora? —le pregunté.

—Un dragón.

—¿Un dragón?

—Sí, un dragón.

Apoyó la figura sobre la mesita ratona.

—Eso no es un dragón —me burlé. O intenté burlarme, en realidad.

Esta vez no se trataba de alas sin simetrías o patitas desparejas, como me había acostumbrado a ver en las últimas semanas. Me acerqué para apreciarlo mejor y descubrí escamas palpitantes, una cola larga y filosa, fauces. ¡Hasta zarpas! La figura tenía unas horribles zarpas.

—¿Que no? —me dijo—. ¿Que no es un dragón?

Y su dragón de papel se consumió en la bocanada de fuego.

Aún guardo la corbata chamuscada. Es un recordatorio que dice: “Miguel, no vuelvas a burlarte de Ainokura”. Yo sé que el papel japonés es peligroso, el Japón entero es peligroso.

En cambio, a Mariana parece no importarle la última amenaza del dragón y perfecciona su origami pliegue tras pliegue, minuciosa, indiferente.

Aunque ella siga insistiendo con viajar, yo sé que tenemos buenas razones para no ir a Japón.

Sardegna, Miguel. *Hojas que caen sobre otras*. Buenos Aires: Conejos, 2017.

2. Completen el siguiente cuadro de acuerdo con lo que desea cada uno de los protagonistas.

	Mariana	El narrador
¿Qué desea?		
Cita del texto que muestre ese deseo		

- ¿Por qué creen que la actitud de Mariana molesta al protagonista? ¿En qué frases o palabras del fragmento puede observarse su incomodidad?
- A lo largo del cuento, aparecen descriptos varios objetos relacionados con Japón: el papel de origami, la fábrica de Ainokura, el dragón. ¿Qué función les parece que tienen estas descripciones en el texto? ¿Cómo influyen en la historia?
- En parejas, elijan a uno de los protagonistas del cuento y escriban una breve descripción de Japón desde ese punto de vista. Pueden empezar el texto con la frase: “Para mí, Japón es...”.

Antes de terminar

En una entrevista, Miguel Sardegna —autor del cuento que leyeron— comentó que su amor por la cultura japonesa comenzó con la literatura. ¿Hay algún lugar que les gustaría conocer gracias a un libro que leyeron o una película o serie que vieron? Comenten a sus compañeros/as qué razones tendrían para visitarlo.



Para profundizar

En la próxima página van a encontrar la reseña de *Hojas que caen sobre otras*, libro en el que fue publicado “Viaje a Japón”. Lean la reseña y marquen los aspectos que pueden encontrarse en este cuento.

Japón como un paisaje habitual

¿Cómo no cubrir con un tono excéntrico aquello que nos resulta lejano? Los diez cuentos que componen el libro *Hojas que caen sobre otras hojas* (Conejos, 2017), de Miguel Sardegna, ofrecen un Japón próximo y familiar pese a la distancia y los mitos que rodean al país asiático. A esto contribuye el estilo fluido y amigable del autor, que posee un hechizo en los lectores: hacer parecer propias historias que transcurren en Japón, al mismo tiempo que los cuentos que tienen a Argentina de escenario logran resultar de los más misteriosos.

De esta manera, *Hojas que caen sobre otras hojas* nos invita a acercarnos a la cultura japonesa sin ninguna cámara en mano, incitando a que los ojos se centren en detalles que solo habitan en la memoria. Después de todo, a veces no hace falta moverse para sentirse un extraño y Sardegna logra generar esa incomodidad: ¿el hogar es lo que habitamos o lo que no conocemos? El lector, como siempre, es quien tiene la respuesta final.



Yuste, Gustavo (2017). *La primera piedra*. (Selección adaptada con fines didácticos).
Disponible en: bit.ly/43nH2ai